



¡APÁRTATE DE MISSISSIPPI!

CORNELIA FUNKE

Ilustraciones de la autora

Traducción de
Rosa Pilar Blanco

Las Tres Edades Ediciones Siruela

¡APÁRTATE DE MISSISSIPPI!



Para Tina, Lena e Inga



Al bajar del autobús, Emma cerró los ojos y respiró hondo.

Sí. Así tenía que oler. A estiércol, a gasolina y a tierra húmeda.

A vacaciones de verano en casa de su abuela Dolly.

Emma se echó la mochila a la espalda y cruzó a saltos la calle. Escupió en el estanque del pueblo, se metió en dos charcos y se plantó delante de la puerta del jardín de su abuela. Todo estaba igual que siempre.

La pintura se desprendía de la vieja casa y en las jardi-
neras de Dolly no crecían geranios, sino lechugas. Su co-
che tenía una abolladura más y el gato negro apostado en-
cima del cubo de la basura aún no conocía a Emma. Sin
embargo, la desvencijada mesa del jardín situada debajo
del nogal estaba preparada, como siempre, para darle la
bienvenida. Las gallinas vagaban con andares torpes por la
hierba, y Tom y Jerry, los viejos perros de su abuela, dor-
mitaban tumbados delante de la puerta abierta de la casa.
Ni siquiera levantaron el hocico cuando Emma abrió de
par en par el portón del jardín y corrió hacia la vivienda.
Al llegar a su altura, movieron el rabo adormilados y colo-



caron sus patas manchadas de barro encima de los zapatos.

–Menudos perros guardianes estáis hechos –Emma rasgó a ambos detrás de las orejas y les dio unas galletas caninas. Siempre que iba a casa de su abuela se atiborraba los bolsillos con esas cosas.

De la casa salía olor a quemado.

Emma sonrió. Seguro que su abuela intentaba preparar otro bizcocho. Debía de ser la única abuela del mundo que no lo conseguía. Tampoco cocinaba demasiado bien. Dolly no se comportaba como las abuelas de las amigas de Emma: no hacía ganchillo, ni punto, ni leía cuentos en voz alta y todos los años se olvidaba del cumpleaños de su nieta. Llevaba los cabellos grises cortos como cerillas, solía vestir ropa de hombre y reparaba el coche con sus propias manos.

Emma no la habría cambiado por ninguna otra abuela.

–¡Hola! –gritó en la cocina, atestada de humo–. Ya estoy aquí.

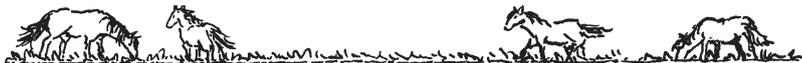
Un perro enorme salió disparado ladrando desde debajo de la mesa de la cocina, saltó hacia Emma y le lamió la cara.

–Hola, preciosa –Dolly, agachada delante del horno, parecía bastante desdichada. Tras sacar el bizcocho, lo depositó con estrépito sobre la mesa de la cocina–. Fíjate. Otra vez demasiado tostado. No lo comprendo. Y eso que compré uno de esos estúpidos relojes de cocina.

El perrazo dejó a la niña en paz y olfateó el bizcocho quemado.

–Menos mal que, por si acaso, compré un trozo de bizcocho –Dolly se limpió en los pantalones las manos manchadas de harina y besó a su nieta–. ¡Cuánto me alegro de volver a verte! ¿Me has echado de menos?

–Claro –Emma se quitó la mochila y puso unas galletas ante el morro del perro desconocido–. Y éste, ¿de dónde ha salido?



–¿Greñas? –Dolly sacó un enorme trozo de bizcocho del armario y arrastró a Emma hacia el exterior–. Lo encontró Zas, nuestro veterinario, en la entrada de la autopista. Ya sabes que estos animales siempre terminan en mi casa.

Emma sonrió.

¡Vaya si lo sabía! Su abuela acogía a todo tipo de animales: gallinas que no ponían huevos, gatas preñadas, perros que mordían las alfombras... Hasta tenía un viejo caballo castrado al fondo, en el prado. Se llamaba Aldo. Dolly lo había salvado cuatro años antes del matadero y había enseñado a Emma a montar sobre su lomo.

–¿Qué tal Aldo? –preguntó la niña.

Dolly se sentó en el banco del jardín construido hacía muchos años por su esposo y le sirvió una taza de cacao.

–¿Aldo? Está bien. A pesar de que le molestan un poco los dientes, come como una lima.

–¿Y lo demás? –Emma cogió un trozo de bizcocho. Una gallina desapareció debajo de la mesa y tiró del cordón de su zapato.

–Bueno, ya lo estás oyendo.

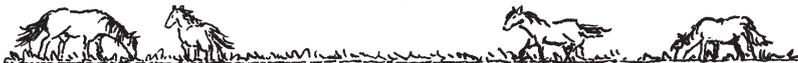
En el vecino taller de Alerón petardeaba un motor y la vecina de la casa situada a la izquierda de Dolly, Basilisa Quemajosa, barría el camino situado delante del muro de su jardín acompañada por la radio.

–¡Eh, Basilisa! –gritó Dolly–. ¿No podrías bajar un poco la radio? Mi café está a punto de derramarse por el ruido.

Basilisa, rezongando, se aproximó al muro arrastrando los pies, bajó el volumen y se acercó a la valla de Dolly.

–¡Toma! –tiró por encima una cajetilla de cigarrillos vacía y dos palos de polo–. Eso me lo he encontrado delante de tu valla.

–Oh, gracias, por mí puedes quedártelos –repuso Dolly–. ¿Quieres tomar un café, Basilisa?



–No, gracias –Basilisa Quemajosa saludó a la niña con la cabeza–. Hola, Emma, pensaba que te habías ido a tu casa.

–Y me fui –Emma reprimió una risita–. Pero hace tres meses, señora Quemajosa. Ahora es verano y estoy de vacaciones.

–¿Ah, sí? –Basilisa Quemajosa se inclinó y arrancó unas plantitas que crecían delante de la valla de Dolly–. Diente de león, qué asco. En fin, tomaos el bizcocho, yo tengo cosas que hacer.

Con gesto enfurruñado recogió la escoba, subió el volumen de la radio y siguió barriendo.

Dolly suspiró. Emma no pudo evitar una sonrisa.

–Está todo como siempre –reconoció–. Es maravilloso.

En su propia casa, sin embargo, se avecinaban nuevos cambios. Durante la estancia en casa de su abuela, sus padres se instalaban en su nuevo hogar. Nueva casa, nueva ciudad, nuevo colegio. Emma no quería ni pensarlo.

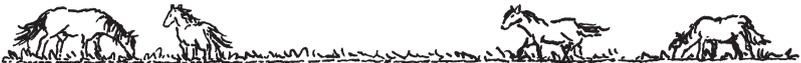
–¿Como siempre? –Dolly meneó la cabeza–. No del todo, cielo. El viejo Sotobranche murió la semana pasada.

–¡Oh! –Emma miró, asustada, a su abuela–. Pero si no era tan viejo.

Dolly negó con la cabeza.

–No mucho más que yo. Pero seguro que enseguida te enterarás de todo –agregó señalando hacia la puerta–. Mira quién viene. Se ha corrido de prisa la voz de que has llegado.

Dos chicos correteaban alrededor del estanque del pueblo: Leo y Max, los hijos del panadero de enfrente. Echaban una carrera hacia la puerta de Dolly. Max fue el primero en traspasarla... como siempre. Tras sacar la lengua a su hermano, esprintó hacia la silla vacía emplazada al lado de Emma. Leo lo siguió, contrito.



–Me has empujado –espetó a su hermano–. Sólo para darte pisto delante de Emma.

–¡Eh, vosotros dos! –Dolly levantó su taza–. Con tanto empujón, habéis estado a punto de derramar mi café. ¿Queréis beber algo? ¿O preferís un trozo de bizcocho?

–¿Hecho por ti? –preguntó Max con desconfianza.

–¿Qué quieres decir?

–Que si no lo has hecho tú, sí que quiero.

–Descarado –replicó Dolly, levantándose–. Bueno, a pesar de todo os traeré algo de beber.

Desapareció en el interior de la casa, seguida por Greñas.

–¿Qué tal, Emma? –murmuró Leo.

–¿Sabes lo que ha pasado? –Max apartó a su hermano–. El viejo Sotobrante cayó muerto delante de nuestra tienda. Así, sin más. Catapún, y se desplomó. Te acuerdas de Sotobrante, ¿verdad?

Emma asintió. Lo recordaba muy bien. Todos los domingos cruzaba el pueblo a lomos de Mississippi, su yegua. Le entretejía cintas de colores en las crines, con una campanita. El propio Sotobrante portaba siempre un sombrero de cowboy, y cada vez que pasaba por delante de la casa de Dolly, se lo quitaba para saludarla.

–Cayó muerto como una gallina sin cabeza –informó Max.

Leo cogió un trozo de bizcocho, se sentó en el sitio de Dolly y dio un trago del café con leche de ésta.

–Vosotros... quiero decir... –Emma miró a ambos, desazonada–, ¿vosotros lo presenciasteis?

–Pues claro –respondió Max–. Yo, sí. Éste –propinó un codazo a su hermano– desapareció al momento detrás de casa y vomitó.

–Mentira –protestó Leo.



–Verdad –Max propinó a su hermano tal empujón que estuvo a punto de tirarlo de la silla–. Yo intenté poner un espejo delante de la boca de Sotobranche, como suelen hacer en las películas, pero mamá me lo impidió. Su yegua se encabritó, como si supiese lo sucedido. Sólo el doctor Zas consiguió tranquilizarla.

Emma también conocía al doctor Zas. Era un invitado asiduo en casa de Dolly. Siempre precisaba cuidados alguno de sus animales.

–¿Qué? –Dolly regresó con una botella de zumo–. ¿Te han contado estos dos lo de la muerte de Sotobranche?

Leo se deslizó hacia un lado.

–Bueno, ¿y qué? –gruñó Max–. Al fin y al cabo no todos los días se desploma alguien muerto, ¿no?

–Por fortuna –dijo Dolly–. Echaré de menos a Sotobranche, pero tuvo una buena muerte.

–Papá asegura que estaba loco –comentó Max.

–¡Qué va! –Dolly puso encima de su platito un trozo de bizcocho–. Según tu padre, medio pueblo está loco. Seguro que a mí también me considera una chiflada.

–¿Qué ha sido de su yegua? –preguntó Emma.

Los chicos se encogieron de hombros.

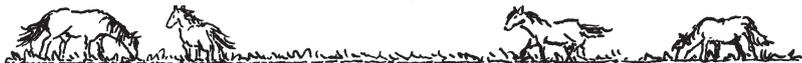
–Ésa sí que está loca –afirmó Max con la boca llena.

Dolly alisó el mantel, meditabunda.

–De momento, Zas se ocupa de ella. Pero el sobrino de Sotobranche lo heredará todo, y ése seguro que venderá la yegua.

–Qué pena –murmuró Emma.

Antes de cada paseo a caballo, Sotobranche engalanaba a Mississippi siempre de manera diferente. Ella y Dolly apostaban en ocasiones si la yegua llevaría flores detrás de la oreja o campanitas en las riendas. Cada domingo se sentaban impacientes debajo del nogal para comprobarlo.



Luego, cuando aparecía Sotobrante, éste agitaba el sombrero y saludaba:

–Muy buenos días tengan ustedes, señoras.

Sí, Emma también lo echaría de menos.

Desde luego que sí.

